

QUIERO LLEGAR...

Ni en la paz campesina
me encuentro satisfecho,
ni el constante bullicio
de la ciudad anhelo.

—
La vida en la dehesa
preñada de silencio
paréceme una tumba
del alma atada al cuerpo.
Se duermen los sentidos
ante el paisaje viejo,
que de tanto admirarlo
no tiene nada nuevo.
La vida allí se muestra
cual prolongado sueño
que va aumentando, oculto,
la hoguera del deseo.
Naturaleza madre,
gigante de los tiempos,
se muestra generosa,
más en vano sus pechos,
fuente de los espacios,
rebotan alimentos.
Siempre surge un vacío
que me hace insatisfecho
a pesar de lo vario
del campo en su sosiego.
Cuando la oscura nube
enturbia el claro cielo
y en sus opacas alas
se ocultan los luceros,
cuando el espacio llena
con su rugir, su fuego,
el alma admira acaso
lo que hay de gigantesco
en la parduzca nube,
jinete en rauda viento
que se desliza suave
por el espacio inmenso.
Mas en vano. La causa
de tan grandioso efecto,
llegada a los sentidos,
inspira menosprecio.

Y en la ciudad ruidosa,
con su vaivén eterno
de humanas muchedumbres
en tanto desconcierto...
¡Aquí es donde se gasta
la tea del deseo
y el alma ocupa un campo
de actividad extenso!
Aquí están los sentidos
del alma siempre abiertos
al agua de los vicios,
al aire de los celos.
El corazón, dormido,
no muestra sentimientos,
porque fecunda Envidia
le ahoga entre sus senos.
La Falsedad se cubre
con vapores de Afecto,
y el Egoísmo es base
de todo movimiento.
Más también aquí falta
algo que yo no encuentro,
algo que crezca al alma
y dé vigor al cuerpo.
Que me haga anhelar todo
estando satisfecho:
¡Ambición infinita
de lo que ya poseo!

—
¿Dónde estará ese «algo»
que busco y no lo encuentro?
¿Se encerrará en la tumba,
de la paz aposento?
¿O en la luciente estrella,
reina del movimiento?
No. La intuición me dice
que es... ¡algo más inmenso
que no cabe en los límites
del corto pensamiento!
Pero que existe. Existe
antes que nazca Tiempo
y que se mida Espacio...
¡¡Antes que el Universo!!

SIXTO RAMOS CIUDAD.

VIDA Y HECHOS

TEORIA DE EXTREMADURA (1)

POR PEDRO DE LORENZO.

ESQUEMA TIPOLOGICO

Se ha parado el tiempo.

Siete años llevo mirando a Portugal desde esta pica de tierra extremeña que es Valencia de Alcántara. Atalaya española erguida sobre la dulzura lusa, en los mapas semeja este rincón la punta de una amorosa flecha de fuego acariciando el costado portugués. Última saeta de soledad que trasvola y signa, audazmente, el entre suelo y cielo, el clima vivo de Extremadura. Saeta de soledad. De soledumbre infinita porque, aquí, en Valencia de Alcántara, se ha parado el tiempo, el aire se ha dormido, no pesa la paz traslúcida del azul.

No es que Valencia de Alcántara haya quedado en las márgenes del tiempo, porque las corridas de toros principian una hora más tarde de la anunciada, arranque el tren con un retraso de noventa minutos, las barberías abran a las seis de la tarde y no cierran el lunes los comercios.

Valencia de Alcántara, ángulo agudo, avanzado, de nuestra frontera occidental, es, en definitiva, un pueblo ágil, luminoso. Trae un paisaje comarcano de fino temple extremeño: rocas desnudas, tiernas cañadas ondulantes, alcorques desollados, chumbos rendidos de sed. Saltarinas, las fachadas, emergen en lo alto de un cabezo y los tejados se retuercen para verter a un dédalo de callejuelas solitarias, pinas, silenciosas, reptantes.

Pero en esas calles tranquilas se pasean del brazo la sencillez y el contento, lo apacible, el ensueño, la claridad.

El pueblo extremeño es sosegado, acaso melancólico; nunca triste o sombrío, árido ni estéril. Mirándolo, yo no concibo la melancolía en forma de pasividad; permanente, morosa, vaga o intensa puede ser, mas en su fondo no late un principio de sequedad, sino de fosforescencia; no será, el suyo, un hastío de yermo; es, en fin, un estado de saturación saudosa, dulce, de corazón en carne viva. Por algo, en estas calles, en los aledos voladizos de sus balcones, se rinde un culto a la flor mucho más férvido que en los pueblos dolientes de Castilla. El tiempo se ha dormido aquí, mas no para desfallecer en congojosa ataxia; se ha dormido para soñar y alcanzar antes, de un brinco, las estrellas.

En un pequeño rincón.

De este rincón, en lo meridional lo más occidental de España, aflora ante

(1) Con el libro «Esa voz de la tierra», (ya en prensa por Editora Nacional, Madrid-1945) contribuye Pedro de Lorenzo a atizar la revisión polémica—¡magnífico signo de vitalidad!—entablada acerca del ser y trascender de Extremadura. Hoy publicamos el Capítulo I, cuyas primicias han sido especialmente cedidas por su autor a la Revista «ALCÁNTARA».